LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

Una vez más, la gráfica implacable del monitor otorgaba una baja puntuación al sueño. Destellos neuronales somatizados en sudor, palpitaciones y espasmos musculares que confirmaban la deficiente eliminación de adenosina; innecesario mensaje que auguraba otra jornada sin el descanso requerido para mi frágil psique.

Aquel sueño recurrente me acosaba noche tras noche; fruto de mis lecturas de ciencia ficción o quizá debido a la carga de ser uno de los elegidos: un superviviente, un privilegiado, un condenado quizás; pero, sobre todo, era uno de los diez mil seres humanos seleccionados para el Arca 6. Aquella que albergaba una de las pocas esperanzas de mantener vivo un planeta que mis predecesores habían saqueado hasta la casi total extinción.

Habían pasado seis décadas desde el encuentro global que reunió a Políticos, activistas sociales, líderes religiosos y de opinión, millonarios y otros buscadores de poder; filántropos, los menos; científicos y todo tipo de pensadores. Unos tratando de encontrar soluciones que revirtieran lo inevitable, otros buscando cómo preservar lo poco que en ese momento se mantenía vivo en el medio natural. Mi abuelo, uno de los veterinarios del comité científico, tuvo la fortuna de colaborar en el grupo que buscaría una salida si todo lo demás fallaba. Viendo la abundancia de depredadores, especuladores, oportunistas y carroñeros que poblaban la cumbre, los científicos de "Arca" tenían claro que debían dar con una solución viable. Si el Proyecto Manhattan sirvió a la muerte, ahora la ciencia debía ponerse al servicio de la vida.

Atrás quedó una ingente inversión económica (¡maldito dinero!), dos generaciones, casi un millón de personas desarrollando las dos líneas de investigación (espacial y terrestre) y, sobre todo, el proceso de selección final.

Cada Arca funcionaría de manera autónoma. Unas lo harían como hoteles de 5 estrellas, refugio de oligarcas con sus séquitos complacientes. Otras como templos de la Fe, garantes de la supremacía humana. Tampoco faltaban las que funcionaban como acuartelamientos militares. Todas fracasarían. Ya pasó en el exterior.
Más esperanzas se preveían en los proyectos de ciencia colaborativa, donde por suerte, escaseaban los parásitos y que basaron la elección de los moradores en sus propias capacidades y méritos. Unos trabajarían en ingeniería, otros lo harían en sistemas, seguridad, psicología o realidad virtual. En Biotecnología y Sanidad debíamos asegurar la autosuficiencia ambiental y biológica del complejo. Todo ello requirió de un arduo proceso de selección de perfiles de candidatos, que dejó obsoletas muchas de las profesiones del siglo XXI. Artistas, banqueros, futbolistas de élite, maestros del glamur, políticos de carrera, gestores inmobiliarios o "influencers"; aquellos que fueron los artífices del Ragnarök, no tuvieron cabida. Sin embargo, no hubo duda de la necesidad de contar con tecnólogos, productores de alimentos, profesores, científicos, sanitarios o ingenieros. Y entre ellos, la reconvertida profesión veterinaria.

Las características de las Arcas científicas habían descartado especialidades como la comercialización de medicamentos, la equitación o la, ahora poco sostenible, producción de animales de consumo (que sí fue

mantenida en algunas arcas como las hoteleras). Sin embargo, su versatilidad llevó a los antiguos albéitares a cubrir plazas en sectores como la producción 3D de alimentos, el control de zoonosis, la seguridad alimentaria y ambiental, la educación, el diagnóstico por imagen o la medicina asistencial humana y animal. En este último caso, todos los análisis psicológicos aconsejaban incluir mascotas en las arcas debido a su probado beneficio para el bienestar humano. Y, por otro lado, la justicia natural exigía proteger junto a las especies vegetales, animales domésticos y salvajes, cuya atención médica quedó al cargo de veterinarios y médicos.

Desde pequeño las enseñanzas del viejo veterinario forjaron el camino que hoy recorro. Disciplinas nada inocentes. No entendía por qué debía aprender biotecnología, carpintería, biología avanzada, mecánica, impresión 3D o jardinería, mientras que la mayoría de los niños de mi edad ocupaban sus horas de ocio en "Metaplay". Abuelo y padres veterinarios, científicos donde los haya, aseguraron con ello mi ingreso como candidato del proyecto.

Una vez estabilizadas mis constantes vitales, me uní al resto de habitantes en el comedor. El día a día en el arca era entretenido. Yo había terminado mi ciclo colaborativo, tras pasar por reciclaje, mantenimiento y mecánica, pues la mejor forma de evitar el elitismo aconsejaba que todos, hasta el supervisor de Impresión de tejidos, participara en las tareas de puesta al día y cuidado del arca.

Quizás debido a que desde niño acompañaba a mi padre en sus visitas a diferentes centros zoológicos, mi principal ocupación se centraba en la medicina animal, aunque también tenía responsabilidades en radiología (revisando informes de la IA) y en docencia, mientras que mi pareja ejercía su trabajo en investigación biomédica e impresión 3D de tejidos y órganos, además de colaborar con el departamento de seguridad.

Los lujos y excesos de antaño nos resultaban ajenos. Habíamos sido educados en la austeridad, alejados del consumismo. Teníamos grabada la necesidad de preservar, de perdonar al débil, de echar de menos a Pachamama; aquella que algunos, como los extintos habitantes del Amazonas, intentaron proteger en vano. La lectura, el cine inmersivo y MetaScience, eran nuestra puerta de entrada a otros mundos. Mi favorita, Blade Runner, aquella que cien años atrás hipotetizaba con la coexistencia entre humanos y sintéticos (replicantes).

En mis momentos de introspección, las palabras del replicante golpeaban mi mente como un eco perenne: "Vio cosas que nosotros no creeríamos". Al final de la historia, salvó la vida a su protagonista, Deckard, a pesar de su insistencia en aniquilar a los sintéticos. Desconozco si aquellos organismos podían soñar, pero tengo la certeza sobre su capacidad de amar la vida en sí misma. Como sucedía con el ecosistema de nuestra arca, se imponía el anhelo de mantener nuestra frágil existencia hasta el día en que pudiéramos repoblar el exterior apocalíptico de nuestro agotado planeta Tierra.